

triarca que residía en Cartago, donde reemplazaba el primado romano, entonces ya autoridad reconocida por los católicos del Africa, pero por supuesto no por los vándalos. Seguían luego por orden jerárquico los obispos, presbíteros, diáconos y monjes. La autoridad del patriarca debía de ser considerable porque imponía a los mismos reyes. Sábese de un hijo de Genserico que tuvo cerca de su persona un sacerdote de categoría elevada, costumbre tal vez frecuente en las familias ricas y distinguidas. Las persecuciones de los católicos fueron principalmente obra del clero arriano a quien el rey consultaba en todo lo que se rozaba con la cuestión religiosa. El mismo clero era también el ejecutor de la voluntad real en estas materias; y su odio no se limitaba a los católicos sino que comprendía a todos los que disientían de su religión. Por eso expulsó Hunerico del país a los vándalos que se inclinaban al maniqueísmo.

La secta de los donatistas estaba de acuerdo respecto del dogma de la Trinidad con los católicos, según asegura San Agustín, y solo algunos renegaron de él para ganarse las simpatías de los arrianos.

Los reyes vándalos no se fiaban sino de arrianos; y por esta razón exigían de sus súbditos, y sobre todo de sus empleados, como primera prueba de fidelidad su conversión al arrianismo, y se esforzaban en alejar de su corte y puestos oficiales a todos los que rehusaban dar esta prueba que muchos acaso hubieran dado si no hubiesen tenido que someterse a ser bautizados de nuevo, pues la iglesia arriana, como la católica, consideraba este sacramento nulo en sus efectos si no era administrado por sus sacerdotes y según su rito. Pero como los católicos tenían por uno de los mayores pecados la repetición del bautismo, resultó entre ambas poblaciones un abismo perpetuo. Los arrianos recelaban, y no sin fundamento, de los sacerdotes ortodoxos, y los vigilaban con constante y penosa solicitud, sospechando en todos sus actos y en todas partes traición y relaciones ilegales con sus enemigos exteriores. Genserico desterró, por ejemplo, al obispo Félix de Hadrumeto solo porque había tenido alojado en su casa a un sacerdote bizantino. Por su parte sabían los sacerdotes católicos entonces ya desahogar su odio contra sus reyes opresores, herejes y bárbaros designándolos en sus sermones y escritos astutamente con nombres de personajes análogos de la Biblia, como Faraón, Nabucodonosor, Holofernes, etc., estrategia que les prohibió Genserico bajo penas severas. El gran número de obispos desterrados que habían podido retirarse a Constantinopla, Roma y la Galia formó entre tanto un cuerpo unido entre sí y con los enemigos más poderosos de los vándalos, cuerpo que los arrianos no pudieron destruir. Los esfuerzos de la propaganda arriana ya puramente morales, ya de fuerza bruta, no tuvieron nunca un éxito notable, porque en general los católicos de Africa, para eterna gloria suya, mostráronse dignos discípulos de San Agustín; y los casos de apostasía no solo entre los laicos sino también entre el clero, fueron siempre contadas excepciones, aunque hubo algunos hasta entre los mismos obispos, conforme resulta de un documento del papa Félix III, leído

en el concilio celebrado en 3 de marzo de 487 en Roma cabalmente con motivo de estas conversiones al arrianismo ocurridas en Africa. La persecución dió por único resultado positivo y duradero una unión más estrecha entre los obispos y el papa, y su representante en Africa, el primado.

APÉNDICE

LOS ALANOS

Este pueblo, de raza distinta de la germánica, llevaba todavía a últimos del siglo IV su primitiva vida nómada en el país que ocupaba en las estribaciones del Cáucaso hacia el Nordeste. Se componía de muchas tribus, una de las cuales fué sometida por los hunos y se trasladó al deshacerse el imperio oriental a la Mesia Baja, donde se mantuvo señora del país hasta el fin del siglo VI. Jordanis, su historiador, era nieto de un alano llamado Peria que desempeñaba las funciones de secretario en la corte de un rey de su pueblo.

Otra parte de los alanos se agregó a los vándalos y suevos cuando en 406 emprendieron su marcha desde la Panonia hacia la Galia. Allí se separaron los alanos en dos grupos, pasando el uno al servicio romano, en cambio de lo cual les cedió el imperio terrenos a orillas del Loira. Un jefe, príncipe o caudillo de este grupo aliado de los romanos, llamado Goar, elevó al trono imperial en unión con los borgoñones en 412 a Jovino; y a mediados del mismo siglo se mencionan los reyezuelos alanos Sangiban, Eochar y Beorgar. El primero de estos intentó pasarse a las hordas de Atila; pero metido entre visigodos y romanos, le obligaron estos a combatir contra aquellos en el año 451. Los francos no tardaron en acabar con estos reyes alanos y con su pueblo, derrotándolos completamente cerca de Bérgamo en la Italia superior en 462, donde habían penetrado en una de sus excursiones de rapiña, y donde murieron su rey Beorgar y gran parte de sus guerreros.

Las otras tribus alanas que habían seguido unidas a los vándalos y los habían salvado de ser completamente exterminados por los francos cuando el paso del Rin, se trasladaron después con los vándalos y suevos a España, donde les tocó la Lusitania y Cartaya en el reparto del territorio y donde durante algún tiempo se conservaron independientes y aun superiores a los visigodos, con el apoyo de los otros dos pueblos compañeros de emigración, hasta que los visigodos los vencieron definitivamente y mataron a su rey Atax. Entonces dejaron de formar un grupo independiente; prefirieron agregarse a sus antiguos amigos los vándalos a someterse a sus vencedores; y desde esta fecha tituláronse los reyes vándalos, reyes de vándalos y alanos. Ambos pueblos reunidos pasaron al Africa, donde conquistaron y se repartieron el país y juntos fueron vencidos y exterminados por Belisario.

Hace poco tiempo que se encontró cerca de Trieste una copa ó taza de Gelimero, el último rey vándalo, con la inscripción: *Vandalorum et Alanorum rex.*

LIBRO SEGUNDO

LOS OSTROGODOS

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA PRIMITIVA HASTA EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO OSTROGODO EN ITALIA

Entre todos los pueblos del grupo godo ocupan los ostrogodos por su poderío, su esplendor y la trágica grandeza de su historia uno de los primeros puestos. Procopio los llama simplemente godos, quizá porque solo se trata de ellos en su historia de guerra, en que se hace caso omiso de los visigodos.

La tradición legendaria de este pueblo que le hace salir la primera vez de la Escandinavia y tomar el rumbo del Sudeste nos parece tan desprovista de fundamento como la pretendida afinidad de su nombre con el de los gautos suecos, que es puramente accidental. Los eruditos escandinavos siguen creyendo sin embargo que al emigrar del Asia tomaron la ruta por el Norte de Rusia hasta llegar directamente a la Escandinavia, desde donde se extendieron parcialmente hasta las costas alemanas del Báltico, y que de consiguiente los gautos son idénticos a los godos.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que los pueblos que bajo el nombre colectivo de gtones ocupaban la orilla derecha del Vístula, y entre los cuales iban ciertamente comprendidos los ostrogodos, retrocedieron (próximamente a mediados del siglo II, pues que poco antes Tolomeo los señala establecidos todavía a orillas del Vístula) en dirección Sudeste, llegando paso a paso hasta el mar Negro, en cuyas costas los combatió ya bajo el nombre de godos el emperador Caracalla a principios del siglo III, pues que este emperador murió en el año 217.

Imposible es indagar dónde y cuándo empezaron a llamarse ostrogodos ó sea godos orientales en oposición a los visigodos ó godos occidentales; pero lo cierto es que diferentes autores nos los presentan establecidos al Este de sus afines, y la división en orientales y occidentales puede haber ya tenido su motivo, lo mismo en Asia, antes de su emigración, que en la cuenca del Vístula ó después en la desembocadura del Danubio. Lo más probable es que naciese en este último país, ocupado por ambas ramas desde el citado río y las vertientes del Sudoeste del Cáucaso hasta el río Don. Allí se compone la parte oriental de páramos y arenales que quizás dieron a la rama oriental u ostrogoda el nombre de greutingos (de *griut*, *gries* que significa arena); y la occidental, cubierta entonces y todavía hoy en parte, de espesas selvas, explicaría a su vez el nombre de tervingos (de *triu*, árbol) con que se designaban también los visigodos. Trebelio Polion distingue ya entre los godos los greutingos, es decir, austrogodos, y los tervingos; y Claudiano los llama ostrogodos. El mismo nombre del rey Ostrogotha que este autor cita, prueba que el pueblo se llamaba así ya desde mucho tiempo. El nombre de los visigodos aparece mucho más tarde, primero en los escritos de Sidonio Apolinar que de *vesus* los llama abreviadamente *visi*. El nombre de *visigothi* no se encuentra sino en las obras de Casiodoro y de Procopio. Los escritores griegos

y latinos de aquella época confundieron también los godos cuando los encontraron por primera vez a orillas del mar Negro con los getas, a cuyo error les indujeron la semejanza de estos nombres y la contigüidad de ambos pueblos. También los designaban con el nombre de escitas, que en aquel tiempo se aplicaba a todos los pueblos desconocidos del Nordeste.

El gobierno de Alejandro Severo, que reinó desde 222 hasta 235, pagaba a los ostrogodos anualidades para guardar y defender las fronteras, pero en 238 reinando Máximo y Balbino se sucedieron sin interrupción las invasiones de los godos, que los autores romanos comprenden bajo el nombre de guerra escita. En el reinado de Gordiano (243), que se titulaba «vencedor de los godos» se cita a un rey Arguntis de raza escita como jefe de los enemigos, que quizás sea idéntico al jefe Argait, que junto con otro llamado Gundérico pasó el Danubio y devastó desde 244 hasta 249, por orden del rey Ostrogotha, la Mesia y la Tracia. Este último es el primer rey histórico de los ostrogodos cuyo nombre llevaba, y el primero de la familia de los Amalos ó amalungos (de *amb*, esforzarse, de modo que el nombre significaba varones esforzados). Sus ascendientes son al parecer más bien creaciones míticas que personas reales y verdaderas. Declaróse este rey enemigo del imperio por no haberle pagado las anualidades estipuladas, y venció también al rey de los gépidos, pueblo limítrofe y de la misma raza, porque quiso apoderarse a la fuerza de varios terrenos fronterizos. Su sucesor, Kniva, descendiente de otra familia distinta, mandó un ejército a la Mesia, quedándole aun otro para hacer frente al emperador Decio, al cual derrotó y mató en noviembre de 251 cerca de Abrito. Su sucesor Galo, que reinó de 251 a 253, trató en vano de hacer la paz ofreciendo nuevas anualidades; los godos habían conocido la debilidad creciente del imperio, lo cual unido al aumento rapidísimo de la población, a consecuencia de la vida fija a que les obligaba el espacio limitado que ocupaban, provocó una serie de invasiones por tierra y mar en las provincias romanas orientales, que solo alguna vez se interrumpieron por corto tiempo. El pueblo ostrogodo, que después se mostró tan poco marino, armaba en aquel período innumerables buques piratas, que no todos podían ser apresados por los romanos. Esto demuestra el grado muy adelantado de inteligencia y el gran poderío a que había llegado; poderío que hacía sentir en sus temerarias correrías a todas las islas y costas del imperio. Aliábanse con los ostrogodos en estas depredaciones otras hordas, ya de raza germánica, como los hérulos y peucinos que eran quizás godos de la isla de Peuce en el Danubio, ya de procedencia distinta, como los boranos y carpos. En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, desde 255 hasta 268, sufrieron diferentes provincias cinco invasiones ostrogodas.

Los boranos fueron los que primero, y probablemente sin el auxilio de los godos, atravesaron ó costearon el mar Negro en dirección al Este, y conquistaron y saquearon a Trebisonda y Píto; después dirigiéronse hordas compuestas de varios pueblos bárbaros hacia Bizancio, asaltaron a Calce-

donia y asolaron las llanuras del Asia Menor. En el reinado de Galieno presentóse una escuadra nada menos que de mil velas en el archipiélago griego, y quemó á Efeso y Cízico, dirigióse luego al Atica y al Peloponeso, donde castigó con su visita á Atenas, Argos y Esparta, y continuó su ruta á lo largo de la península ilírica, asolando todas las costas. En tiempo de Claudio II armaron los godos, hérulos y peucinos una escuadra en el Dniester, compuesta de doble número de buques, y según otros datos, hasta seis veces mayor, tripulada por 330,000 guerreros, que entraron en el mar Negro, pasaron por delante de Bizancio, penetraron en el archipiélago, saquearon á Rodas y Creta, luego desembarcaron cerca de Tesalónica y penetraron en el interior al encuentro del emperador, el cual, gracias tan solo á su superior estrategia logró derrotarlos, después de una prolongada campaña en que la victoria se inclinaba tan pronto á una parte como á otra. Al fin, á pesar de la desigualdad numérica pudo cogelos por la espalda, causándoles una pérdida de 50,000 muertos y prisioneros, entre ellos muchas mujeres. Claudio cayó enfermo y no pudo sacar todo el provecho de su victoria arrojando al enemigo al otro lado del Danubio. Aureliano que reinó desde 270 hasta 275 lo logró, pero hubo de ceder la Dacia á los godos y sus vecinos. En su entrada triunfal, subió el emperador después de este hecho al capitolio en un carro tirado por cuatro ciervos que habían pertenecido á un rey godo. Los cuatro animales fueron sacrificados á Júpiter. Esta victoria dió mas de cuarenta años de reposo al imperio; pero en el reinado de Constantino, en 321, volvieron los ostrogodos á sus correrías en Tracia y Mesia guiados por su rey Rausimuto. Los romanos los rechazaron entonces; y cuando después el caudillo godo Alicuaca auxilió con sus tropas á Licinio contra Constantino, pasó este, después de haber derrotado á ambos, el Danubio, y en 336 impuso la paz al rey godo Ariarico en su propio territorio.

El sucesor de este último, Geberico, defendió y ensanchó el territorio godo en Dacia, derrotando á los vándalos tan completamente, que hubieron de abandonar el país en el año 340. Con esto quedó para la población ostrogoda suficiente espacio, lo cual, unido á tener el imperio una frontera mas fácil de defender, fué tal vez la causa de que cesasen las invasiones por algun tiempo; porque las depredaciones anteriores habían sido motivadas, no solo por el deseo del riquísimo botín que los bárbaros sacaban de las provincias romanas, sino mucho mas por la necesidad de conquistar nuevos territorios donde establecerse cuando el país que habitaban era insuficiente para mantener á la creciente población. No de otro modo se explica el gran número de mujeres que llevaban consigo. Después de la batalla de Naiso tocaron, por ejemplo, en el reparto de los prisioneros, dos ó tres mujeres godas á cada soldado romano. Los ejércitos que invadieron las provincias por tierra llevaban tantas carretas, que mas parecían naciones emigrantes que expediciones guerreras; tanto que, aunque enemigos, fueron considerados antes de la victoria de Claudio como establecidos ya en el país. Libres ya de los vándalos, respetaron los ostrogodos el territorio romano; pero en cambio dirigieron sus armas contra sus vecinos al Oeste, Norte y Este, ya fuesen germanos ó de otra raza, y es indudable que Ermanarico, sucesor de Geberico, que reinó aproximadamente desde 350 hasta 376 sobre los ostrogodos, logró someter muchos pueblos limítrofes, aunque la leyenda exagera el poderío y las victorias de este «vástago el mas grande de los Amalos,» hijo menor de Atiulfó. Los visigodos tenían probablemente con los ostrogodos un leve lazo de amistad; pero los hérulos, guerreros decididos y arrojados, también de estirpe goda, fueron completamente sometidos en guerra formal, y otros

pueblos ya fineses, ya eslavos como los vénetos, antes y eslavos, hubieron de reconocer la soberanía del rey ostrogodo, cuyo dominio se extendió hasta los lejanos estonios de las orillas del Báltico, aunque no fué sobre estos tan absoluto como dice la leyenda popular ni llegó á todas las naciones escitas y germánicas como supone Jordanis, exagerando el poder del rey amalo hasta los últimos límites.

Hacia el fin de su vida abandonó al rey su buena estrella. Los visigodos á consecuencia de desavenencias con los ostrogodos se separaron casi completamente de su alianza; varios reyes ó caudillos roxalanos ó rosomónicos se sublevaron y proclamaron su independencia con motivo de un acto de crueldad del rey Ermanarico. Este, según una tradición, había mandado atar á la princesa de este pueblo, Svanhilda, á cuatro caballos silvestres que tirando cada uno de un extremo destrozaron á la infeliz, porque su marido había abandonado al rey y huido de la corte. Saro y Amio, hermanos de la princesa, juraron vengarla, é hirieron gravemente al rey. En aquel momento vino sobre el reino de los Amalos la inundación terrible de la caballería de los hunos.

Esta odiada familia de horribles mogoles, causó á su aparición tal espanto entre la nobleza germánica, que según la tradición, se creyó fuesen engendros del asqueroso maridaje de repugnantes brujas con los malignos espíritus de los páramos de la Hungría y de la Rusia meridional; de las mismas brujas ó alrunas que el rey semi-dios Filimero había expulsado en otro tiempo del pueblo arrojándolas al desierto á causa de sus artes diabólicas. De tan impura union había nacido, según la fábula, la maldita raza de los hunos, tan feos y repugnantes que al principio solo tenían de humano la voz; vivían en los pantanos próximos al lago Meotis, manteniéndose exclusivamente de la caza sin ocuparse en otra cosa alguna; y cuando hubieron llegado á formar ya tribus numerosas, inquietaron á todos los pueblos limítrofes con sus pérdidas sorpresas y horribles saqueos. Finalmente tomó uno de estos espíritus malignos la forma de cierva para atraer á los otros que cazaban por allí cerca y cuyo número se fué aumentando á medida que el animal huía hacia Occidente. Llegó á la laguna Meotis, se echó dentro y los cazadores le siguieron, descubriendo así el vado que ignoraban, y por el cual llegaron luego á Europa para hacer la desgracia y la ruina de todos los pueblos; porque al ver la riqueza del país de Occidente volvieron atrás y lo comunicaron á los suyos, excitando á todo el pueblo á atravesar el lago y caer sobre las tierras occidentales. Así lo hicieron y todo lo que aquella horrible raza encontró á su paso fué destruido y saqueado, y las personas ó muertas ó reducidas á la esclavitud. El terror que causaba á los pueblos el aspecto de tales engendros paralizó su fuerza, y cual aplastadora avalancha derramóse la infernal corriente por la Europa, arrastrando, aplastando y descuajando todo; é hinchándose con los pueblos vencidos á medida que se adelantaba.

En otros escritos se refleja igualmente el indecible horror que inspiraban las salvajes hordas de esta feroz caballería á los romanos y germanos.

El instinto nacional de los godos se rebeló sin embargo contra la vergonzosa confesión de haber cedido á la superioridad numérica de los hunos, y explicaron su derrota por la fatal herida que Saro y Amio habían infligido á su rey, cuyo estado de prostración dió valor á los enemigos para atacar al pueblo. La herida y el pesar amargaron la vida del desgraciado Ermanarico, que para mas sufrimiento llegó hasta la edad de 110 años. Muerto ya, lograron los hunos vencer y someter completamente al pueblo ostrogodo, mientras que sus hermanos los visigodos para salvarse de igual suerte abandonaron el país retirándose al territorio

romano. Allí los dejaremos por ahora hasta que volvamos á tratar de ellos.

La máxima ó moral de la leyenda que hemos referido y que solo deja sucumbir al pueblo cuando su rey, aunque viejo é imposibilitado, ha muerto, explica el sentimiento íntimo de los ostrogodos, según el cual su nacionalidad se hallaba personificada en la autoridad real, cuya conservación implicaba la del pueblo mismo hasta que llegara el día de salvarse del yugo huno. Sometidos los ostrogodos á los hunos, lograron, sin embargo, continuar en su país y conservar sus reyes, bien que bajo la dependencia del Khan de los hunos, al cual debían de seguir sin titubear con sus contingentes, aunque los llevasen contra pueblos de su propia raza, como los visigodos, por ejemplo. Natural es que tuvieran también que pagar tributo.

El inmediato sucesor de Ermanarico fué Winitaro, amalo también, que trató de sacudir el yugo de los hunos; invadió los territorios colindantes, habitados por pueblos eslavos, quizás sometidos antes á su predecesor; derrotólos y mató á su rey y á los grandes del país, para obligarlos á reconocer el dominio godo. Esta conducta independiente y belicosa no fué, sin embargo, del gusto de Balamero, Khan de los hunos, que luego marchó contra el defensor de la independencia goda acompañado de otro descendiente de los Amalos, Segismundo, con gran multitud de ostrogodos que habían quedado adictos al gobierno huno, ya por temor, ya por la fuerza. Winitaro libró á sus enemigos tres grandes batallas y murió en la última con los restos de los defensores de la independencia ostrogoda. Tomó luego el Khan por esposa á Waladamarca, sobrina del héroe muerto, y todos los reyes de los ostrogodos quedaron con sus pueblos ó tribus definitivamente como vasallos del Khan. En la tribu ó grupo del difunto Winitaro no fué elevado al trono Segismundo, sino Hunimundo, hijo de Ermanarico, y cuyo nombre significa: fama de los hunos. Sucedió á este «gran héroe de rara hermosura», como le llama la tradición, su jóven hijo Turismundo, que en el segundo año de su reinado alcanzó una brillante victoria sobre los gépidos limítrofes, quizás peleando por órden del Khan, con el encargo de someterlos á su autoridad. Turismundo murió luego de una caída del caballo, y la tradición dice que el sentimiento del pueblo fué tan profundo, que «para conservar viva la memoria de su rey, determinó dejar el trono vacante hasta que Walamero, hijo de Vandalaro, primo de Turismundo, pudiera dar sucesión á la línea masculina de los Amalos;» y por eso estuvo cuarenta años sin rey. La leyenda, en su afán de encubrir la verdadera causa de tan largo interregno, que no fué sino la creciente presión de los hunos, olvida que para el objeto que indica no se necesitaba aguardar cuarenta años. En este interregno, es decir, desde el año 390 hasta 440 ocurrió un suceso apenas indicado por Casiodoro, pero que luego dió nuevos motivos á la imaginación popular. El heredero mas próximo de Turismundo, que había muerto sin hijos, era Walamero, su sobrino menor de edad; pero conviniendo á los ostrogodos un jefe guerrero, eligieron por rey á Gensimundo, á pesar de su afecto á la familia de los Amalos, familia que, según el principio germánico, no tenía, como ya sabemos, derecho exclusivo á la dignidad real, quedando el pueblo con el suyo de elegir en asamblea á quien quisiera, aun cuando regularmente se convenia en que el hijo del rey, si era capaz de llevar las armas, hubiese de suceder á su padre. Gensimundo era un carácter elevado y no quiso aceptar la corona, correspondiendo dignamente y con ejemplar nobleza á la amistad de los Amalos que le habían adoptado por hijo de armas, ceremonia presidida probablemente por el padre de Walamero. De este modo quedó reservado el trono para

el jóven, que habiendo llegado á la edad de manejar las armas, y después de una prolongada interrupción en la serie de los reyes, ciñó la corona ostrogoda. Este Walamero, hijo mayor de Vandalaro y nieto de Winitaro, tenía dos hermanos menores, Teodemero y Vidimero, que ayudaron á su hermano en el gobierno, administrando en su nombre con cierta independencia algunos territorios y parte del pueblo. Jordanis se hace lenguas de la armonía que reinó entre los tres hermanos, y de la obediencia y sumisión de los menores al mayor, tan al revés de los hijos de Atila que perdieron finalmente su imperio por querer gobernar todos.

Entre tanto siguió la nación ostrogoda bajo el yugo del rey huno; y cuando Atila emprendió su grande expedición contra los romanos y los visigodos en la Galia, tuvieron los ostrogodos que seguirle y combatir contra sus hermanos, cuyo rey cayó traspasado por la lanza del ostrogodo Andages en los campos cataláunicos ó mauriacenses como debían llamarse, en 451. Solo después de la muerte de Atila en 433, cuyos hijos con su ciega y dura tiranía exasperaron á los pueblos vencidos hasta la desesperación queriendo reparitarse entre sí como esclavos y disputándose los neciamente uno al otro, lograron separarse de sus bárbaros opresores primero los gépidos, y luego los ostrogodos. En confirmación de lo abatidos que estos se hallaban á la sazón, es una prueba el hecho de que Jordanis, tan entusiasta por la familia de los Amalos, cita después de los romanos á los visigodos como el pueblo mas importante y á los gépidos como el primero y mas fuerte que supo sacudir el yugo huno. Arrojadados los hunos de la Europa central hacia el Este, echáronse sobre el país ocupado por los ostrogodos, los cuales cediéndoles el terreno aceptaron el que les dió el gobierno romano en la Panonia. Los romanos les cedieron de tanta mejor voluntad esta provincia, cuanto que en realidad ya no podían conservarla. Los ostrogodos se obligaron por su parte y en cambio de pingües anualidades (*annone*: esta palabra quedó admitida en el lenguaje rentístico de los godos: Ulfila traduce *anno* por salario), á prestar sus contingentes armados al imperio y á defender su país contra los enemigos comunes. Esta alianza y la entrada en el nuevo país facilitaron su emancipación del insoportable yugo de los mogoles, pueblo infinitamente mas salvaje que los godos, mientras que la soberanía romana se reducía casi á una mera formalidad, y honraba en cierta manera á los pueblos que la admitían.

En Panonia dividieron los ostrogodos el territorio y el pueblo en tres partes, quizá del mismo modo que lo tenían dividido á orillas del mar Negro. Walamero tomó el país entre Saritzta (Scarniunga) y Raab (Aqua nigra); Teodemero se quedó con la comarca del lago Pelsodis ó de Neusiedel, y Vidimero con el país entre el Drave y el Save, en medio de sus hermanos: el título de rey fué reservado exclusivamente para Walamero. Esta separación permitió á los hunos atacar á Walamero, el mas distante de los tres, sin que sus hermanos pudiesen acudir á tiempo á su auxilio. Esta tentativa de los hijos de Atila para «prender, como ellos decían, á sus esclavos prófugos,» ó sea para someter de nuevo á los godos, fué la última que hicieron: Walamero rechazó por sí solo y victoriosamente el ataque, y en el mismo día en que llegó la noticia de su victoria á la morada de su hermano Teodemero (hacia el año 454), nació á éste de Erelina, concubina suya, un hijo que después fué Teodorico el Grande. Las buenas relaciones con la corte de Constantinopla se vieron turbadas siete años después por la rivalidad de otro caudillo godo, llamado Teodorico el Bizco, hijo de Triario, el cual obtuvo para sí y los suyos las anualidades en dinero y trigo que hasta entonces habían percibido según convenio